PADRE ANDRÉS COINDRE

1. LA FORMACIÓN

1.1 LA INFANCIA

Andrés Coindre nació en Lyon el 26 de febrero de 1787 y fue bautizado el 28 por el Padre Antoine-Joseph Lernoix, que será degollado 5 años más tarde; su cuerpo será mutilado y su cabeza transportada sobre una pica y colgada de los tilos de la plaza Bellecour: uno de los primeros mártires de la Revolución francesa en Lyon.

La infancia del Padre Andrés Coindre coincide con este período tan agitado para el país y tan dramático para la Iglesia de Francia.

Las buenas tradiciones de nuestro Instituto nos dan a entender que fue la madre de Andrés quien enseñó a rezar a su hijo y le enseñó también el catecismo. Pero podemos pensar que es, en parte, una piadosa suposición, cuando leemos en la vida de Monseñor Mioland, nacido el 26 de octubre de 1788, igualmente en el entorno de la parroquia Saint-Nizier: *" … no quedaba ni un sólo crucifijo en casa, temiendo que pudiera cometer alguna indiscreción ya no me hacían rezar."* El Padre Linsolas, Administrador de la diócesis de Lyon, durante el exilio del arzobispo, Monseñor de Marbeuf, ordenaba esconder o destruir los libros sagrados, porque se practicaban indagaciones hasta en el domicilio de los ciudadanos más pacíficos.

¿Con qué prudencia, con qué progresión, Andrés Coindre, su hermano y sus hermanas fueron iniciados en los misterios de nuestra fe? Tendremos que resignarnos a ignorarlo.

A la edad de 8 años, el pequeño Andrés fue enviado a clase por sus padres a casa de un maestro de la vecindad, probablemente un sacerdote "refractario", uno de tantos que, aprovechando del anonimato de la gran ciudad para esconderse, ejercía esta profesión más o menos clandestinamente, pues no se reconocía la libertad de enseñar más que a quienes habían prestado juramento a la Convención nacional (decreto del 19 de diciembre de 1793).

Por esta época, la familia Coindre había abandonado la calle Saint-Dominique (hoy, calle Émile Zola) para instalarse en una calle paralela a la iglesia Saint-Nizier y cercana a ella, la calle de la Poulaillerie. La familia Querbes vivía allí en el momento en que los Coindre se trasladaron: dos futuros fundadores de Instituto a unos metros de distancia, ¡algo nada frecuente! Además, los encontraremos unos años más tarde casi condiscípulos en el seminario mayor. El Padre Querbes (posteriormente fundador de los Clérigos de San Viator) comenzó también su vida sacerdotal como vicario en la iglesia Saint-Nizier.

A partir del golpe de Estado del 9 de noviembre de 1799, los creyentes pudieron por fin respirar, aunque la libertad de culto no se les "restituyó" en el acto. El Concordato de 1802 da por fin a la Iglesia la posibilidad de reorganizarse.

En la iglesia Saint-Nizier, el nuevo párroco reúne algunos muchachos y encarga a uno de sus coadjutores que les enseñe las materias profanas y la doctrina cristiana, y que haga de ellos unos buenos monaguillos. Andréss Coindre está entre ellos. Se muestra ya un apasionado del trabajo y del estudio, hasta el punto de que sus compañeros, celosos, le incitan a la pelea; no se nos dice que Louis Querbes fuera uno de ellos, como tampoco se nos dice que nuestro futuro Padre Fundador se dejara manejar sin replicar. De hecho, parece ser que no frecuentó esta escuela más de un año.

1.2. EL SEMINARIO MENOR

En 1804, encontramos a Andrés Coindre en el seminario menor de Nuestra Señora de l'Argentière que acaba de abrir sus puertas. Parece ser que el cardenal Fesch, tío del Emperador Napoleón Bonaparte, *"no tenía más que una idea en su cabeza"*: fundar seminarios para transformar el clero, algo indispensable para la recristianización del país.

Napoleón ironizaba sobre él diciendo: *"Si metieran a mi tío en un alambique, sacarían de él seminarios."* Y se ve, en efecto, en este prelado una especie de obsesión irreprimible por estas instituciones: *"es de los seminaristas, mi querido Padre* Cholleton -escribe al vicario general encargado de los seminarios- *de lo que usted debe encargarse: ahí tiene su puesto de honor; solamente ahí encontrará usted el camino del cielo. Le dispenso de cualquier otro trabajo…"* (3 de julio de 1805). *"Por el amor de Dios, por la Iglesia a la que usted ama, le insto a que se libere por medio del Padre Paul de las Religiosas, de las Hermanas, de los Hermanos, y de todos los que le entretienen en el confesionario. Sus grandes obligaciones, el Paraíso incluso, están en los "campanarios" de los seminarios; usted no puede encontrarlas sino allí… Si yo estuviera en Lyon, prendería fuego a su confesionario; y le garantizo, en nombre de Dios, que usted no hace mucho bien con eso, y que pierde ahí un tiempo precioso"* (12 de enero de 1806). *"Sus ¡ayes! por su confesionario me dan aún pruebas de su predisposición a sucumbir perpetuamente en la tentación"* (18 de febrero de 1806). Y que al Padre Cholleton no se le ocurra substituirlo por una dirección espiritual epistolar.

A otro sacerdote le escribe: *"No estoy contento del Padre Cholleton… Veo que se pasa todo el día en el confesionario y que todo su tiempo lo reparte entre las beatas… ¿Qué podemos esperar de las Religiosas y de las Hermanas? ¿Curarán ellas las llagas de la Iglesia? ¿Por qué pues perder el tiempo con ellas? Que deje las beatas, las Religiosas, las Hermanas y los Hermanos al Padre Paul; que me dé informes de mi seminario mayor, que llene mis seminarios menores…"* (12 de enero de 1806).

Andrés pasará 5 años en l'Argentière. Allí hará sus estudios de clásicas (mucho latín, los clásicos de la literatura francesa, un poco de griego), y también, sorprendente innovación en su época, un año llamado de "Física", es decir de ciencias y de matemáticas (astronomía, hidrostática, aerometría, mecánica, estática, física…), reservado a los mejores alumnos.

Andrés Coindre obtiene, naturalmente, excelentes notas y apreciaciones… El primer año: *"piadoso, aplicado y franco; progreso: bastante bien; conducta: bien".* El segundo año: *"un poco voluble y hablador, pero de buen corazón, fiel a todos sus deberes; un poco susceptible, pero muy franco, piadoso, ejemplar…"* Y después: *"trabaja muy bien, excelente…"* Los Hermanos tienen a quien parecerse.

1.3. EL SEMINARIO MAYOR

Después de haber acabado brillantemente su estancia en l'Argentière, argumentando solemnemente durante tres horas sobre cuestiones científicas, el 26 de julio de 1809, Andrés Coindre dispondrá de tres meses de vacaciones, hasta la fiesta de Todos los Santos, para preparar su entrada en el seminario mayor Saint-Irénée de Lyon, situado en la plaza Croix-Paquet, al pie de la Croix-Rousse.

No conocemos gran cosa sobre la vida de Andrés Coindre en el seminario mayor, pero sabemos que tuvo buenas apreciaciones sobre sus estudios y su conducta y que se prepara a su misión amparado en la divisa: *"No escatimes ningún esfuerzo para llegar a ser sal de la tierra y luz del mundo."* En el seminario Saint-Irénée de Lyon se formarán muchos sacerdotes: 413 en 13 años (más de 30 por año) y muchos de ellos llamados a la celebridad: el cardenal Donnet; los obispos Dufêtre, Mioland, de la Croix d'Azolette, Cœur, Loras; y esta sorprendente "sarta" de fundadores: Louis Querbes, fundador de los Clérigos de San Viator, Marcellin Champagnat, fundador de los Hermanos Maristas, Jean-Claude Colin, fundador de los Padres Maristas, Léonard Furnion, fundador de las Hermanas de la Adoración del Sagrado Corazón de Jesús, además de San Jean-Marie Vianney.

Andrés Coindre recibe la ordenación sacerdotal de manos del cardenal Fesch el 14 de junio de 1812 en la catedral Saint-Jean-Baptiste de Lyon. Celebra su primera misa en presencia de sus padres en la iglesia Saint-Nizier donde había sido bautizado.

Pero la estancia en el seminario no se ha terminado para el Padre Andrés Coindre, que, según la apreciación escrita sobre él, *"se ha distinguido no sólo por sus buenas disposiciones para el sacerdocio, sino también por sus destacadas dotes de orador"*: le piden que se dedique todavía durante 6 meses al estudio de la oratoria sagrada.

2. EL MISIONERO

Acabado este período de formación, Andrés Coindre es nombrado coadjutor de la parroquia Notre-Dame de Bourg-en-Bresse bajo la dirección del canónigo Chapuy. La ciudad tiene unos 10.000 habitantes. Se observa en los registros parroquiales que Andrés Coindre administra muchos bautismos: 320 en 2 años y 8 meses (10 por mes), que preside numerosos entierros de niños y de jóvenes: es toda una evocación de la pobreza, de la enfermedad y de la mortalidad infantil lo que se puede leer aquí entre líneas.

El 5 de diciembre de 1813, en la catedral Saint-Jean-Baptiste de Lyon, pronuncia el panegírico con motivo del aniversario de la coronación del emperador Napoleón y de la victoria de Austerlitz.

Para que a sus veintiséis años le encargaran de semejante misión, era preciso que se le reconociera ya como un especialista de la predicación. Por esta razón, después de 18 meses de ministerio en Bourg-en-Bresse, el vicario general de la diócesis de Lyon le pide que se asocie a otros sacerdotes para formar un equipo de misioneros diocesanos que se instalarán en el antiguo monasterio de los "Cartujos".

2. 1. LA SITUACIÓN

Las “Misiones” son ciertamente una de las creaciones más originales y más dinámicas de la Iglesia de Francia tras la Revolución. Daniel Rops describe la situación con precisión. La Iglesia de Francia está totalmente desorganizada: la Revolución ha suprimido parroquias y obispados; nos encontramos con tres grupos diferentes de sacerdotes, a saber:

- Los “juramentados” (los que han prestado juramento a la Constitución civil del Clero) cuyo nombre popular de “jureur” indica bien el furor con el que se les persigue. Con todo, quedan pocos, pues muchos de ellos, al llamamiento de la Asamblea legislativa, han aceptado secularizarse e incluso casarse. Los que quedan, titulares de parroquias, son perseguidos, a pesar de las diversas invitaciones del Papa y de otros dignatarios de la Iglesia a perdonarlos y a incorporarlos. Sin embargo, muchos han actuado de buena fe y Daniel Rops habla incluso de santidad, a propósito de algunos de ellos.

- Los “refractarios”, los “duros” que tienen el apoyo del pueblo, pero no aceptan ni a los “juramentados” ni a los “emigrados”.

- Los “emigrados”, que han vuelto a Francia con la idea de encontrar todo y de hacer todo “como antes”: a veces se les trata de “cobardes”.

Ésta es la situación del Clero durante el Imperio de Napoleón Bonaparte. Añadamos que durante la Revolución, un buen número de sacerdotes han fallecido de muerte natural o violenta, y no han sido substituidos por otros jóvenes ordenados. Por otro lado, religiosos y religiosas han sido dispersados (si no suprimidos). Muchos, sobre todo entre los clérigos regulares, han abandonado. En resumen, Francia necesita ser reevangelizada.

En realidad el término reevangelización es impropio. ¿Francia durante el Antiguo Régimen estaba verdaderamente evangelizada? Sin duda alguna, estaba enteramente encuadrada por estructuras religiosas numerosas y constriñentes que regían la vida pública y privada hasta en sus menores detalles, ¿pero dónde estaba la fe? San Francisco de Sales (1567-1622) se pasó el tiempo recorriendo ciudades y pueblos para predicar la fe. El Padre Pierre de Bérulle (1575-1629) fundó los Oratorianos en 1611 para recristianizar Francia por medio de las Misiones. San Vicente de Paul (1581-1660) se propondrá como tarea principal la organización de Misiones rurales. Vemos que el problema no era nuevo. Lo nuevo era precisamente la destrucción de todas las instituciones que estos “misioneros” habían organizado y la de todo el entramado de la vida eclesial en su organización cotidiana (catequesis, culto, vida parroquial). Casi todo estaba por rehacer o en el mejor de los casos por consolidar, ajustar y desarrollar.

La Misiones responden a esta necesidad. Se hace una división de las diócesis en sectores confiados a equipos de sacerdotes itinerantes –el clero local permanece sobre el propio terreno- para organizar una verdadera evangelización. La iniciativa de esta tarea [en Lyon] le corresponde al cardenal Fesch. En 1809, Napoleón suprimirá todas las Misiones [en el interior de Francia]. Entonces, a la espera de días mejores, el arzobispo de Lyon los colocará “de reserva” en los “Cartujos”, confiándoles la parroquia Saint-Bruno (la del colegio Saint-Louis de los Hermanos del Sagrado Corazón).

Durante este período, en 1815, el Padre Andrés Coindre se asocia a este grupo que no constituía una comunidad religiosa en el sentido estricto: sus primeros votos serán de obediencia al arzobispo y de estabilidad, y los harán en 1820 por primera vez. El Padre

Andrés Coindre permanecerá como miembro asociado, sin votos, hasta 1822, fecha en la que se separará del grupo. ¿Por qué razones? Sus actividades, sin duda.

A partir de 1815, los "misioneros" pudieron "misionar", y a lo largo de 7 años encontramos al Padre Andrés Coindre en 21 sectores diferentes. Cuando sabemos que el equipo de misioneros incluía de 5 a 10 sacerdotes que iban a diferentes lugares alrededor de una población principal durante un mes y a veces casi dos, imaginamos fácilmente que Andrés Coindre no tenía apenas tiempo libre, ya que, en el intervalo de las Misiones, predicaba retiros en los seminarios menores, las comunidades religiosas, las cárceles, y por supuesto en las parroquias, en la de Saint-Bruno especialmente.

2. 2. LAS MISIONES

Las Misiones duraban 3, 4 y hasta 6 semanas. El programa de las distintas Misiones era parecido. Se componía esencialmente de pláticas: dos por día, de ordinario, que no debían durar más de una hora, "glosa incluida", es decir un tiempo breve para las advertencias prácticas o la narración de una anécdota, que situaba a los presentes en el contexto y permitía a los que llegaban con retraso que no perdieran nada del sermón.

En las ciudades, la primera plática tenía lugar a las cinco o las seis de la mañana para los obreros que acudían al trabajo. En invierno –y las misiones tenían lugar sobre todo de septiembre a mayo- en las frías iglesias, era algo "heroico" para todo el mundo. La plática de la tarde, destinada a todos, tenía lugar después de la jornada de trabajo y se acababa, durante la estación fría, después de la caída de la tarde.

Ciertos días, el programa variaba: misa solemne (sobre todo por los difuntos), confesiones, que se distribuían en varias tardes, a veces hasta la noche avanzada, primera comunión de los niños, comunión de los hombres, comunión de las mujeres (a parte, por supuesto y quizás por razones de eficacia), consagración de los niños a María, renovación de las promesas del bautismo delante de los monumentos [del Santísimo Sacramento] profusamente adornados, tiempos de retiro (una tarde entera, por ejemplo), procesión y ceremonia en el cementerio, tarde de descanso (útil sobre todo para los misioneros), etc.

El último día de la Misión, o la víspera, tenía lugar la instalación de la Cruz de Misión en un lugar bien elegido: enormes procesiones, inmensas muchedumbres, bendición del Santísimo Sacramento.

Algunas veces la Cruz se instalaba de antemano, y a menudo se llevaba triunfalmente en procesión, sobre andas improvisadas, lo que producía en los municipios "grandes conmociones"; a veces, la Cruz medía 12 metros de alto, incluso 15, y pesaba varios quintales.

Cada Misión tenía un responsable al que llamaban "prefecto de misión", que dirigía con viveza el conjunto de los actos.

Frecuentemente, sobre todo en las ciudades, los misioneros eran mal recibidos, en un primer momento (una cierta prensa disponía a la población contra ellos). Así, comenzaban a menudo ante un auditorio escaso e irrespetuoso; algunos jóvenes llegaban a perturbar las pláticas aprovechando la oscuridad de las iglesias mal iluminadas.

Esta situación, lejos de desanimar a los misioneros, les enardecía. Era raro que al cabo de algunos días o de una semana, no hubieran conquistado a la gente. Se veía entonces iglesias abarrotadas hasta el punto de que, como relata el Padre Andrés Coindre, a propósito de la Misión de Saint-Just-en-Chevalet (Loire) en 1820: *"… Se ven personas subidas a las escaleras de mano y sobre los bancos para ver la ceremonia por las ventanas de la iglesia… La afluencia de las personas mayores que vienen a comulgar es prodigiosa; para evitar el desorden, es preciso dar la comunión solamente a los niños, hacer que despejen la iglesia y comenzar la comunión de las personas mayores que se prolonga hasta las once… Comulgan 1500 hombres, y después 500 mujeres… Los confesores están tan solicitados que se ve a varios penitentes que no pueden retirarse de algunos confesionarios sino pasando de rodillas sobre los hombros de los que esperan para confesarse… Prodigiosa afluencia de hombres; no pueden entrar aunque no hay ni tan siquiera una silla en la iglesia. Están encaramados en los confesionarios, en los lados de los altares, en los respaldos de algunos bancos, y desde fuera, se suben por escaleras de mano para entrar por las ventanas"* (no hago sino citar un texto de puño y letra del Padre Andrés Coindre).

Nos imaginamos la utilización política que se habría podido hacer de semejantes hechos. En realidad, *"tenemos motivos para alabar* -escribe el Prefecto de Lyon al ministro del Interior en 1820- *el celo de los misioneros y la prudencia que han tenido para no mezclar en sus sermones ninguna observación coyuntural, de política o de interés temporal."* Pero seguidamente le da palabra de *"que no habrá Misión en Lyon."*

Se observa también, en algunos lugares, una oposición orquestada por los anticlericales, expresada por medio de panfletos, coplas satíricas o pasquines. Así, procedente de Saint-Étienne, este texto de un pasquín sin firmar, de 1821: *"Ciudadanos, un paso más y estáis ante la más terrible inquisición; dejad que comparezcan esos chantajistas de misioneros que vienen para desunir vuestras familias y vuestros matrimonios. Estad preparados para apoyar a vuestros hermanos. Veréis que si las demás ciudades han sido tan "cobardes" como para soportar su yugo tiranofanático, ésta sabrá librarse de ellos; seguid la contraseña y perecerán con ellos los que los hayan llamado."*

Pese a estos terribles impulsos oratorios, la oposición que se puso de manifiesto no impidió el gran éxito de la Misión de Saint-Étienne. El Padre Andrés Coindre escribe: *"… el día de nuestra partida, 3.000 habitantes de Saint-Étienne se colocaron delante de los caballos de las dos diligencias, y escoltaron, con un libro de cantos en las manos, a sus evangelizadores hasta Saint-Chamond, 12 kilómetros a pie".* Pero estas ruidosas manifestaciones, que eran frecuentes, irritaban a los misioneros en vez de complacerles. El Padre Coindre se queja de ello, pensando que el bien no hace ruido.

2. 3. EL MISIONERO ANDRÉS COINDRE

Andrés Coindre consagró casi toda su vida sacerdotal a la actividad misionera, a pesar de sus otras muchas obras de las que vamos a tratar a continuación.

Se había especializado, de alguna manera, en la predicación sobre las postrimerías o novísimos: la muerte, el juicio final, el infierno, el cielo, la esperanza. Dicen que después de uno de sus sermones, en una iglesia llena hasta los topes, toda la muchedumbre se quedó inmóvil, durante un cierto tiempo, paralizada, incapaz de mover tan siquiera el dedo meñique. Un testigo declaró: *"Cuando predicaba sobre las grandes verdades de la religión, su voz emotiva y sonora, sus animados discursos aterrorizaban las conciencias."*

Otros temas de los que le gustaba hablar tratan sobre el pecado, la contrición, la confesión, el escándalo, el respeto humano, y también sobre la verdad de la religión, la grandeza del cristiano, la caridad cristiana, el perdón, la Virgen María.

A menudo, era él quien aseguraba la predicación para la instalación de la Cruz en la clausura de las Misiones.

Sus contemporáneos se hacían lenguas de las cualidades oratorias del misionero Andrés Coindre: *"Su arte radicaba en la variedad y en la trabazón de sus instrucciones. Dotado de una rica imaginación, fecundo en ideas grandes y nobles, sacadas la mayoría de las veces de la Sagrada Escritura, de la que hacía su más constante y preciado estudio, fascinaba y arrastraba con la autoridad de un apóstol… A fin de atraerlos a Dios, ¿qué ternura en el tono de su voz, qué fuerza, qué riqueza de lenguaje no empleaba? Su palabra, radiante de fe y de caridad, iluminaba las almas, conmovía los corazones, subyugaba las voluntades más rebeldes… Cautivaba a los oyentes instruidos con la solidez de sus principios y la elocuencia de sus palabras que le venían del corazón, arrastrando a las masas con sus patéticos movimientos, sus animados gestos y su atronadora voz… ¡Era encantador, era sublime! ¡Era divino!"*

Sabemos que en varias ocasiones, como en la Misión de Saint-Étienne, el día de la instalación de la Cruz, ¡quisieron llevarlo a hombros!

A decir verdad, la lectura de las notas dejadas por el predicador Andrés Coindre no siempre explica estas exaltadas alabanzas.

¿Por qué semejante éxito? La fama del Padre Andrés Coindre y del extraordinario fruto de su predicación se había extendido por toda Francia. Creo que a falta de ser un hombre de letras, Andrés Coindre tenía, en efecto, una voz cautivadora, poderosa (era capaz de dejarse oír al aire libre por miles de personas; a menudo, solía dirigirse desde una ventana a los fieles concentrados en la plaza), convincente y sobrecogedora: *"… ¿quién podría imaginarse, escribe el cardenal Donnet, la sonoridad de la voz, la autoridad de los gestos, la pasión oratoria y la emoción del alma que centuplicaban la fuerza del orador?"*

Por eso el Padre Bochard, vicario general de la diócesis de Lyon y fundador de los Hermanos de la Cruz de Jesús, aunque apreciaba mucho al Padre Andrés Coindre *"…le acusó muchas veces de malgastar en pequeñas obras (pensad, en particular, en el cuidado de las Providencias), su gran talento para la predicación."*

Le vemos solicitado por el obispo de Saint-Flour, que entonces era también Administrador de las diócesis de Le Puy (que será restablecida en 1823), para fundar una sociedad de misioneros para la Haute-Loire. Será la Sociedad de sacerdotes misioneros de Monistrol-l'Évêque (actualmente Monistrol-sur-Loire) de la que nuestro Fundador será el Superior general hasta 1825 y a la que dará unos Estatutos sacados de la Regla de san Agustín.

Entretanto, en 1824, ante la hostilidad de sus vicarios generales, el sucesor de Monseñor Fesch, Monseñor de Pins, toma sus distancias con respecto a la Sociedad de los "Cartujos". Desearía crear otra sociedad de misioneros. Consulta al Padre Andrés Coindre quien, entusiasmado con la idea, le manifiesta su disponibilidad y añade incluso un proyecto

de Estatutos. De hecho, las cosas no irán más allá, ya que el arzobispo aprobó a los Padres Maristas ese mismo año.

Mientras tanto, el Padre Andrés Coindre había tenido que rehusar una petición análoga de parte del obispo de Dijon.

3. EL FUNDADOR

Antes de tratar este tema, es necesario volver a Lyon, al año 1815, al momento en que Andrés Coindre acaba de ser nombrado coadjutor de la parroquia Saint-Bruno de la Croix-Rousse.

A) LAS HERMANAS DE JESÚS-MARÍA

Unos días después de su instalación en los "Cartujos", encuentra a dos niñas ateridas de frío, hambrientas y andrajosas, acurrucadas junto a la fachada de la iglesia Saint-Nizier. Aconsejado por el párroco de Saint-Bruno, recurrirá a Claudine Thévenet para que se ocupe de ellas; será el germen de la futura Congregación de las Religiosas de Jesús-María.

Antes, en 1816, Andrés Coindre fundará la "Pieuse Union", Asociación de señoras y señoritas con el fin de trabajar en la rehabilitación y educación de las chicas. En 1817, le confiará la "Providencia del Sagrado Corazón", un orfanato que organiza él mismo en una "celda" de los "Cartujos", para siete niñas.

Para los que no sepan qué era una Providencia, la Hermana Gabriela María Montesinos, en su libro *De aquella noche en Pierres-Plantées*, precisa: *"Se daba este nombre a las instituciones benéficas que se fueron creando… con el fin de recoger a los niños pobres para darles una sólida formación cristiana, y enseñarles un oficio, que los pusiera en condiciones de ganarse la vida."* Se pedía a veces una pequeña cantidad de dinero, cuando era posible, que disminuía a medida que el trabajo del chico era comercializable. Una asociación -generalmente parroquial- ayudaba con sus limosnas a equilibrar el presupuesto. Habrá 40 Providencias en Lyon a mitades del siglo XIX. Solamente hay 2 –y una no hace sino comenzar- cuando Claudine Thévenet, apoyada por el Padre Andrés Coindre, se lanza por este camino. En 1818, con algunas señoras de la "Pieuse Union", Andrés Coindre funda la Congregación de las Religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, (más tarde Religiosas de Jesús-María), con Claudine Thévenet como Superiora general.

B) LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

Mientras tanto, el mismo año que la "Providencia del Sagrado Corazón" y en otra "celda" de los "Cartujos" con el nombre de "Providencia de San Bruno", Andrés Coindre había reunido 5 ó 6 muchachos bajo la dirección de un maestro tejedor. El local resulta pronto demasiado pequeño; el Padre Andrés Coindre compra una propiedad en la Croix-Rousse en 1818. La Providencia se traslada allí en 1820 y toma el nombre de "Pieux-Secours".

En 1821, Andrés Coindre concibe el proyecto de organizar una comunidad religiosa para que se encargue de su obra y, para esto, reúne en Lyon a dos maestros del "Pieux-

Secours", a un joven que había encontrado durante un retiro que había predicado en Belleville (Rhône) y a un grupo de siete laicos que vivían un cierto tipo de vida comunitaria en Valbenoîte, cerca de Saint-Étienne.

Estas diez personas harán en Fourvière, al término de un retiro de ocho días, votos privados (no es pues todavía una Congregación religiosa), tomarán nombres religiosos y recibirán su obediencia para trabajar en dos obras: El "Pieux-Secours" (5 Hermanos) y Valbenoîte (5 Hermanos).

Unos meses después de la celebración de Fourvière, contrariamente al acuerdo concertado con el Padre Andrés Coindre, el párroco de Valbenoîte quiere organizar esta obra a su manera y toma él mismo la dirección; los 5 Hermanos le apoyan, al menos durante un tiempo. Ante la situación, Andrés Coindre, rehusando el conflicto y la polémica, entrega al párroco Rouchon los Hermanos y la casa hacia la Navidad de 1821.

Podemos imaginar la pena del Fundador que ve de pronto su Congregación reducida a la mitad. Sin embargo, no encontramos en sus cartas ninguna reacción de amargura, de animosidad o de resentimiento contra nadie. Este desapego, frente a sus propias creaciones, se manifiesta en muchas ocasiones durante su vida.

En 1823, funda en Monistrol-l'Évêque (actualmente Monistrol-sur-Loire) en Haute-Loire, una escuela y un noviciado para los Hermanos. Allí, en 1824, los Hermanos se constituirán oficialmente en Congregación religiosa, por la emisión de los primeros votos públicos, el 14 de octubre, con la aprobación del obispo de Le Puy. Desde ese momento los establecimientos van a multiplicarse rápidamente. En 1824: Le Monastier y Pradelles (Haute-Loire): escuelas municipales; Saint-Symphorien-de-Lay (Loire): escuela parroquial. En 1825: Montfaucon (Haute-Loire) y Neulise (Loire): escuelas municipales; Cailloux-sur-Fontaines (Rhône) y Murat (Cantal): escuelas parroquiales. En 1826: proyectos de fundación en Blesle y en Vals (Haute-Loire) y en Marvéjols (Lozère).

C) LOS ÚLTIMOS MESES DEL PADRE ANDRÉS COINDRE

En 1825, el obispo de Blois, Monseñor de Sauzin, pide al Padre Andrés Coindre uno de sus auxiliares para dirigir su seminario mayor.

Andrés Coindre propone al Padre Romain Montagnac, su brazo derecho; pero el obispo de Le Puy, Monseñor de Bonald, futuro arzobispo de Lyon, recién nombrado (1823), se opone.

Entonces, el Padre Andrés Coindre se ofrece él mismo para este puesto y renuncia a su cargo de Superior general de los misioneros de Monistrol.

Esta dimisión no nos sorprende demasiado pues sabemos que el obispo pensaba "quitar" los mejores misioneros de Monistrol para colocarlos como párrocos, ya que las necesidades de la diócesis eran muy grandes. (Había decidido substituir los Misioneros del Sagrado Corazón [del Padre Coindre] por los Jesuitas, que, efectivamente, se instalaron en Vals en 1829 y permanecieron allí hasta 1960. Fue allí donde se fundó el Apostolado de la Oración). A los ojos de Andrés Coindre, era la ruina de la Sociedad. Su dimisión le permitía evitar entrar en conflicto con su obispo.

Monseñor de Sauzin acogía al Padre Andrés Coindre con agrado, nombrándole Superior del seminario mayor, vicario general y canónigo honorario el 17 de noviembre de 1825, lo que no le impedirá predicar una Misión en Le Puy de mitades de diciembre a mitades de enero.

Al comienzo de febrero, está en Blois. Al poco tiempo de su llegada, se entrega a su nuevo cometido con el ardor que le caracteriza, añadiendo la predicación de la Cuaresma en la que fascina a todos sus oyentes, escribiendo a los Misioneros de Monistrol (les envía unos Estatutos en 10 amplias páginas) y a sus Hermanos y Hermanas de Monistrol y de Lyon, a quienes les manda las más hermosas cartas que haya escrito jamás, pasando días y sobre todo noches en la preparación de notas y en la composición de textos para refutar los ataques contra la Religión y la Iglesia contenidos en los periódicos y revistas de la época. En resumen, agota en unas semanas las fuerzas que le quedaban.

Las consecuencias no se hacen esperar. El 10 de mayo de 1826, cae en una especie de estado depresivo que se manifiesta por la huida de la vida común y el aislamiento en su habitación; pero el 13 de mayo, hace a los seminaristas una charla "sublime" sobre la voluntad de Dios, que termina llorando: tras la cual apenas puede celebrar la misa.

Conminado por el obispo a tomarse un descanso, se retira algún tiempo a Tours (con antiguos compañeros de Misión, los Misioneros de Saint-Martin) dónde tiene la premonición de su cercano final. Unos días después, lo llevan al hospicio de Blois para someterlo a un tratamiento, pero no mejora: no puede levantarse de la cama; dice palabras incongruentes. Día y noche, los seminaristas se relevan para cuidarlo.

El 28 de mayo, día del "Corpus Christi", tuvo una última mejoría, de las que anuncian el final. Pudo incluso salir al parque y conversar con sus amigos. Pero en la noche del 29 al 30, antes de que sus enfermeros pudieran reaccionar, abrió la ventana y se precipitó al vacío. Murió casi en el acto.

Desconocemos el origen exacto de su mal: "fiebre cerebral", según decían, es un término muy impreciso; "ataque de gota en el cerebro", tifus galopante…"

Me parece, en todo caso, que podemos reconocer claramente dos síntomas: el delirio y las alucinaciones. Alguno de vosotros ha conocido quizás el caso de estos enfermos a los que una fiebre muy fuerte asociada a un cansancio excesivo y a la falta de sueño durante varios días ha llevado a actitudes de demencia.

Nos imaginamos la inmensa resonancia de esta muerte en el seminario mayor, en la ciudad y en la diócesis, y en sus Congregaciones. La consternación por todas partes. La desaparición tan repentina de semejante talento, a la edad de 39 años, en el momento en el que se sentía "el hombre más feliz… en su puesto y en su elemento", unas semanas después de sus brillantes predicaciones de Cuaresma, tan sólo unos días después de la redacción de cartas admirables, produjo el efecto de un suceso fatídico.

Autor: Hno. René Sanctorum
Traducción: Hno. Jesús Ortigosa